

JOEL

De las desolaciones que estaban por venir a la tierra de Judá, por las devastaciones de las langostas y otros insectos, el profeta Joel exhorta a los judíos al arrepentimiento, al ayuno y la oración. Destaca las bendiciones del evangelio con el estado glorioso final de la Iglesia.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *Plaga de langostas.* 8—13. *Toda clase de gente es llamada a lamentar.* 14—20. *Tienen que mirar a Dios.*

Vv. 1—7. Los más viejos no recordaban que hubieran ocurrido alguna vez tales calamidades. Ejércitos de insectos venían a la tierra para comerse sus frutos. Se expresa como para aplicarlo también a la destrucción del país por parte de un enemigo extranjero, y parece referirse a las devastaciones hechas por los caldeos. —Dios es el Señor de los ejércitos, tiene a toda criatura a sus órdenes, y cuando le place, puede humillar y mortificar a un pueblo orgulloso y rebelde, por medio de las criaturas más débiles y más despreciables. Justo es que Dios quite las comodidades que resultaron en abuso al extremo del lujo y los excesos; mientras más depositen los hombres su felicidad en el deleite de los sentidos, más graves serán sus aflicciones temporales. Mientras más deleites terrenales necesitemos para satisfacernos, a mayores problemas nos exponemos.

Vv. 8—13. Todos los que trabajan sólo por la carne que perece, tarde o temprano, serán avergonzados de su esfuerzo. Quienes ponen su felicidad en los deleites de los sentidos, pierden su gozo cuando se les priva de ellos o se les interrumpe su goce; en cambio, el gozo espiritual florece entonces más que nunca. Véase cuán percederos e inciertos son nuestros consuelos humanos. Véase cuánto necesitamos vivir en continua dependencia de Dios y su providencia. Véase qué obra destructora hace el pecado. En cuanto a la pobreza que ocasiona el deterioro de la piedad, y hambrea la causa de la religión de un pueblo, es un juicio muy doloroso. Pero, ¡cuán benditos son los juicios vivificantes de Dios que levantan a su pueblo y llaman a casa el corazón, a Cristo, y a su salvación!

Vv. 14—20. El dolor de un pueblo se convierte en arrepentimiento y humillación ante Dios. Con todas las marcas del dolor y la vergüenza, el pecado debe ser confesado y lamentado. Hay un día designado para ese propósito; un día en que el pueblo debe dejar sus ocupaciones corrientes para atender más estrictamente el servicio de Dios; tiene que haber abstención de carne y bebida. Cada uno ha sumado a la culpa nacional, todos comparten en la calamidad nacional, por tanto, cada uno debe unirse al arrepentimiento. —Cuando el gozo y la dicha son cortados de la casa de Dios, cuando la santidad sería decaer y el amor se enfría, entonces es hora de clamar al Señor. El profeta describe cuán penosa es la calamidad. Véase que hasta las criaturas inferiores sufren por nuestra transgresión. ¿Y cuánto mejor que las bestias son los que nunca claman a Dios, sino al trigo y al vino, y se quejan de la falta de deleites sensuales? Clamar a Dios en esos casos, avergüenza la

estupidez de los que no claman en ningún caso. —Sea lo que sea que lleguen a ser las naciones e iglesias que persistan en la impiedad, los creyentes encontrarán el consuelo de la aceptación de Dios cuando el impío sea quemado con su indignación.

CAPÍTULO II

Versículos 1—14. *Los juicios de Dios.* 15—27. *Exhortaciones al ayuno y la oración; bendiciones prometidas.* 28—32. *Una promesa del Espíritu Santo, y de misericordias futuras.*

Vv. 1—14. Los sacerdotes tenían que alarmar a la gente con la cercana llegada de los juicios divinos. Obra de los ministros es advertir de las consecuencias fatales del pecado y revelar la ira del cielo contra la impiedad e injusticia de los hombres. —La descripción impactante que sigue muestra lo que acompañará a las devastaciones causadas por las langostas, pero también puede describir los efectos de la desolación de la tierra a manos de los caldeos. Si se advierte de los juicios temporales con voz de alarma a las naciones ofensoras, ¡cuánto más se debe advertir a los pecadores que busquen liberación de la ira venidera! Por tanto, nuestro negocio en la tierra debe ser especialmente asegurar un interés en nuestro Señor Jesucristo; y procuraremos ser separados de los objetos que pronto serán arrancados de todos los que ahora hacen ídolos de ellos. —Debe haber expresiones externas de dolor y vergüenza, ayuno, llanto y duelo; las lágrimas por el trastorno deben volverse lágrimas por el pecado que lo causó. Pero romperse las vestiduras será en vano, salvo que los corazones hayan sido desgarrados por la humillación y el aborrecimiento de sí mismos; por la pena por sus pecados y la separación de ellos. Incuestionable es que si nos arrepentimos verdaderamente de nuestros pecados, Dios los perdonará; no se promete que deba quitar la aflicción, pero esa probabilidad debe exhortarnos al arrepentimiento.

Vv. 15—27. Los sacerdotes y los reyes tienen que convocar un ayuno solemne. —La súplica del pecador es: Sálvanos, buen Señor. —Dios está listo para socorrer a su pueblo; y espera para ser bondadoso. Ellos oraron que Dios los salvase y Él les contestó. Sus promesas son respuestas reales a las oraciones de fe; decir y hacer no son dos cosas diferentes para Dios. Algunos entienden estas promesas en forma figurada, como que señalan la gracia del evangelio, y cumplidas en los consuelos abundantes atesorados para los creyentes en el pacto de gracia.

Vv. 28—32. La promesa empezó a ser cumplida el día de Pentecostés, cuando fue derramado el Espíritu Santo, y continuó en la gracia que convierte y los dones milagrosos conferidos a judíos y gentiles. —Los juicios de Dios para el mundo pecador solo preceden al juicio del mundo en el día final. Clamar a Dios supone conocimiento de Él, fe en Él, deseo de Él, dependencia de Él, y como prueba de la sinceridad de todo esto, obediencia consciente a Él. Sólo serán librados en el gran día, quienes ahora reciben el llamamiento eficaz para apartarse del pecado a Dios, desde el yo a Cristo, desde las cosas de abajo a las cosas de arriba.

CAPÍTULO III

Versículos 1—8. *Los juicios de Dios en los postreros tiempos.* 9—17. *La magnitud de estos juicios.* 18—21. *Las bendiciones que disfrutará la Iglesia.*

Vv. 1—8. Aquí se predice la restauración de los judíos y la victoria final de la religión verdadera sobre todos sus enemigos. Se comenta el desprecio y la burla con que los judíos han sido frecuentemente tratados como pueblo, y el poco valor dado a ellos. Nadie que haya endurecido su

corazón contra Dios y contra su Iglesia ha prosperado por mucho tiempo.

Vv. 9—17. He aquí un reto para todos los enemigos del pueblo de Dios. No hay escapatoria de los juicios de Dios; los pecadores encallecidos serán cortados de todo consuelo y gozo en el día de la ira. —La mayoría de los profetas predijeron la misma victoria final de la Iglesia de Dios sobre todo lo que se le opusiera. Para el impío será un día terrible, pero para el justo será un día de júbilo. ¡Qué causa tienen los que poseen un interés en Cristo para gloriarse en quien es su Fuerza y su Redentor! El año aceptable del Señor, un día de tan grande favor para algunos, será un día de terrible venganza para otros; despierte quien esté fuera de Cristo y huya de la ira venidera.

Vv. 18—21. Habrá abundantes influencias divinas y el evangelio se difundirá rápidamente a los confines más remotos de la tierra. Esos sucesos están anunciados bajo emblemas significativos; hay un día que viene en que toda cosa mala será enmendada. La fuente de esta abundancia está en la casa de Dios, desde donde comienzan los arroyos. Cristo es la Fuente; sus sufrimientos, sus méritos y su gracia, limpian, refrescan y fertilizan. La gracia del evangelio, fluyendo desde Cristo, llegará al mundo gentil, a las regiones más remotas, y las hará abundar en frutos de justicia; y desde la casa del Señor de lo alto, desde su templo celestial, fluye todo el bien que saboreamos diariamente y esperamos disfrutar eternamente.

Henry, Matthew